

más ilustres caen de hinojos á su presencia y ofrecen coronas á sus sienes. En la desembocadura del Nilo funda su Alejandría, cuyos faros dirigen las navegaciones y cuyos pensamientos renuevan el espíritu. Después de haber bebido las aguas sagradas en que van disueltos tantos misterios; después de haber saludado las pirámides iluminadas por las ideas y pulidas por los siglos; entre alamedas graníticas de obeliscos y mudos coros de gigantes- cas esfinges, dirígese al templo de Júpiter Ammón y conversa con el desierto líbico, fecundo en recuerdos, y con el cielo inmenso, esplendente de revelaciones. Su voz hierática se mezcla en himnos sin fin á las profecías hebreas, prosperando el mesianismo que las sostiene como sus manos sacerdotales ofrecen sacrificios al buey Apis en las murallas ciclópeas de Menfis. De allí, queriendo medirse con todos los poderes y tratar con todos los dioses, marcha rápidamente á Babilonia, no sin haber tenido que ganar antes batallas como la de Arbela, y no sin haber sumergido un poco su alma helénica en el inmenso panteísmo asiático. Después llegó á Persépolis, donde los monumentos titánicos desconcertaron sus ideas griegas respecto de proporción y de armonía. Los templos parecidos á montañas, las poblaciones parecidas á cordilleras; aquellas graderías como sobrepuestas para ofrecer ascenso

á dioses; las pilastras parecidas á edificios enteros y coronadas con diademas de palmitos, en las cuales se graban misteriosas leyendas; los colosos tallados en granito; las esfinges con sus cabezas de mujer y sus colas de vaca; los altares enormes, no hicieron más que agrandar las proporciones de su gigantesco espíritu y sugerirle ambición mayor á la sentida por su insaciable corazón hasta entonces. No contento con tales conquistas corre á las montañas medas y se propone penetrar en el centro mismo de Asia y en la matriz donde se forja la vida de tantas razas. Aquella Bactriana á que Semíramis había llevado con arrojo el espíritu de Caldea, vese invadida por el espíritu de Siria. En su afán de subir este hombre había subido hasta el techo de nuestro planeta, cual si quisiese tocar desde allí las estrellas. Sacerdotes de todos los cultos le acompañan, dioses de todas las teogonías le siguen como cautivos, despojos de todos los templos llenan sus carros de guerra, el mago y astrólogo caldeo, el gramático jonio, el sofista griego, el nabí de las religiones proféticas, el sirio domesticador de serpientes, el egipcio intérprete de jeroglíficos, el geta que invoca los dioses infernales al son de su tambor diabólico le siguen y le obedecen como queriendo forjarle un cortejo de ideas. Así no sabrá detenerse ante ningún obstáculo. El Cáu-

caso y el Tauro le servirán de trono; el Caspio y el Mediterráneo de alfombra; con igual empeño requerirá para su imperio la vieja Troya henchida con una civilización secular que la bárbara Tartaria, desolada por guerras continuas. Él hará de la vieja Ecbatana un sitio real, de la hija semisalvaje del Oxo inexplorado su esposa, de los hechiceros sus oráculos, de la ignorada India su verdadero santuario. Después de haber pasado por los desiertos mongoles, después de haber asistido á la cuna del género humano en el paraíso llamado Kabul, después de haber mezclado en sus venas la savia de todos los primitivos árboles, después de haber departido con las viejas divinidades, entra en la India, donde salen á recibirlo mozos agitando en sus manos incensarios de oro, guardias que llevan ramas floridas pobladas por canoros pájaros, mujeres que le abren palacios cuyas puertas giran sobre goznes de esmeraldas, dioses ante los cuales parecen niños los dioses de Grecia, brahmanes sabedores de los primeros misterios, magos que acercan el cielo á la tierra, reveladores de ideas desconocidas y provenientes de templos que se dirían fundados sobre la eternidad, surgiendo á sus ojos un mundo, aunque antiguo, tan extraño por su ancianidad como por su juventud fuera extraño el Nuevo Mundo á los ojos de sus descubrido-

res. ¡Oh! Si no estuvieran tan cerca de nosotros sus días; si los tiempos suyos no fuesen tan históricos cual nuestros mismos tiempos, apenas crearíamos el relato de todos estos hechos, tomándolos, en verdad, por fábulas inverosímiles y absurdas.

Pero este hombre que se detiene al entrar en Asia como si entrara en viejo templo; y se desnuda como los atletas de Olimpia en el sepulcro de Aquiles sobre la tierra de Frigia, regada con la sangre de sus padres; y despide ideas en los combates como un árbol frutas ó aromas; y entra con igual respeto religioso en los templos del desierto líbico que en los templos de la sacra Palestina; y lleva en su manto el polvo de las soledades monoteístas, donde truena el Sinai para sacudirlo sobre los verjeles de la India donde naciera el paganismo; y ofrece holocaustos así al Belo persa como al Marte griego; y desposa en Susa los héroes de su ejército con las princesas asiáticas, siguiendo todas las ceremonias litúrgicas de los cultos orientales; y trae rapsodas de la Jonia, flautistas de la Frigia, poetas de la Hélade, bufones de la Propóntide, heraldos de la Lidia, y hasta cenobitas de la India para que le sigan; cuando vestido con los trajes litúrgicos de Baco y acompañado de bacantes ebrias, despide misteriosos oráculos de sus divinos labios, no hace, no, en este

sincretismo de razas, de cultos, de dioses, de teogonías, de ideas, de ciencias, sino mezclar y confundir el alma de Grecia con el alma de Asia por toda una eternidad. Sin él no refluiera la vida helena sobre aquel inerte Oriente; no quedarán los helenismos establecidos en el cruce de todos los caminos que comunican el Asia con el Occidente; no vinieran los judíos helenos á las orillas del Nilo, y no marcharan los griegos judaizantes á las orillas del Jordán; Alejandría no combinara de ningún modo aquella ecléctica ciencia que luégo dominó en los concilios ecuménicos de Constantinopla y en las escuelas árabes de Córdoba; el Verbo divino, comentado por los discípulos de Platón, tampoco se revelara jamás á los ojos de las muchedumbres, y el Evangelio de San Juan animado por el espíritu de Alejandro, no se hubiera escrito; el Renacimiento mismo no hubiera cincelado las copas florentinas, ni sugerido la elocuencia de los inmortales humanistas, ni colgado las cítaras de Píndaro en los olmos de Italia, ni traído á la vida del fondo de las ruinas los dioses resucitados en una pascua inmortal, ni repuesto la hermosura helena en los altares del semita Cristo y en las estancias del intolerante vaticano: que todas estas maravillas, de cuyos effluvios vive aún en su esplendor el espíritu humano, se deben á religión

tan universal é inspirada como el divino helenismo.

Alejandro es la viva síntesis del mundo asiático y el mundo europeo. Y siendo esto, imaginaos lo que sucedería á una muerte como su muerte. Aquel grandioso poder, que sustentaba tantos pueblos reunidos, roto por la parca, los dejó en sus divisiones y en sus odios entregados á una guerra continua. Los generales, desamparados todos ellos de tan superior genio, desbocaron ambiciones re-frenadas solamente por la mano poderosísima de Alejandro, y quisieron cada cual su trono. Las mujeres de Darío, tan protegidas por la grande alma del conquistador, suicidáronse unas, mientras otras murieron á cuchillo. Sacudieron los griegos la unidad, más ó menos forzosa, que les habían impuesto las victorias de Filipo y Alejandro. Pero quien más padeció de todas aquellas regiones fué indudablemente Macedonia. Mal gobernada por la competencia de Antipáter y Olimpias durante la vida misma de Alejandro, agraváronse todos sus males á una luégo que Alejandro muriera. Olimpias, incapaz de perdonarle nunca, ofreció la mano de su hija mayor á Perdicas, sin ningún objeto más que combatir y contrastar la influencia de Antipáter. Resentido éste con Olimpias conoció todo cuanto se tramaba contra él, y trató de ven-

garse ruidosamente. Olimpias continuaba con su doble carácter de guerrera, de tirana, de conspiradora. Cuando podía tiranizar á Macedonia, la tiranizaba, y cuando no podía, íbase al Epiro, y desde aquellos montes, y con aquellos montañeses, conspiraba contra su antiguo reino y se desvivía por oprimirlo. Ningún respeto humano entraba en su corazón de tigre. Viuda un día de Filipo dominó y reinó, á pesar de su viudez; y privada de Alejandro más tarde, quiso reinar, como si Alejandro no hubiese muerto. Amazona mucho más que las descritas por Homero, no se paró ante ningún obstáculo, y si las circunstancias la obligaban á guerrear, pues, como cualquier soldado iba tal mujer á la guerra y dirigía sus ejércitos como cualquier general. Grecia supo con escándalo que, rodeada por sus hijas y por sus criadas, había mantenido batallas, asediado ciudades, roto ejércitos, ni más ni menos que su hijo Alejandro; y después de pelear ejercía el terror como cualquiera tirano de los peores pueblos. En su victoria última sobre Macedonia degolló cien patricios de las primeras y más poderosas familias. Imposible la fuerza y autoridad para los generales aspirantes al gobierno de aquella región mientras Olimpias viviera, sirviéndose para sus fines del propio valor y del prestigio debido al nombre de su hijo. Así Casandro, que

se había por su fuerza en los tristísimos y varios sucesos de aquel desorden alzado al poder supremo, pensó reflexivamente y llevó á efecto con madurez la idea de inmolar á Olimpias y fundar sobre tal inmólación todo su poder. Pero astuto y sagaz, poco amigo de contraer grandes responsabilidades, quiso con empeño declinar sobre Macedonia el sacrificio de la reina. Así convocó al pueblo en Asamblea y le propuso que decidiera sobre la suerte de Olimpias, la cual estaba herida por uno de sus continuos reveses en sitio vecino, y castigada ya con una proscripción reciente. Citados los macedones, por fuerza entre todos ellos habría muchos parientes de los cien primates inmolados. Presentáronse á una tanto y tan malherido deudo en trajes de luto, con clamores y plañidos de duelo, volviendo las manos al vencedor, en requerimiento de castigo al crimen altísimo. Abrióse la causa y no tuvo la reina defensor alguno. El general, deseoso de libertar pronto aquel territorio y no contraer ninguna responsabilidad, avisó á Olimpias de que se marchara pronto si quería huir al fallo de sus airados enemigos. Olimpias, con aquel ánimo esforzado que la distinguiera desde su niñez, desafiando todas las iras aglomeradas sobre su frente, notificóle con soberbia en su respuesta la resolución irrevocable de presentarse ante los

macedones y ver si osaban herir y condenar á la esposa de Filipo, á la madre de Alejandro. Comprendió el general qué riesgos corría en tal trance extraño su poder propio, y temiendo al temperamento de los macedones, muy tornadizo, y al influjo de Olimpias, muy poderoso, resolvió matarla. Doscientos hombres fueron expedidos á la ejecución terrible con el encargo de consumarla sin escrúpulo de ningún género y destruirla con aquella rapidez con que acaba el rayo á sus víctimas. Los doscientos llegaron en tumulto al palacio de Olimpias. Ésta, lejos de conmoverse ni agitarse, vistióse las preseas regias, ciñó á sus sienes la corona esclarecida por tantos recuerdos gloriosos, y acompañada con pompa sin igual de toda su corte, como si marchase á una festividad de las frecuentes en los días del triunfo y del poder, adelantóse al encuentro de los recién llegados cual si los creyera sus súbditos en vez de sus verdugos. Al verla éstos retrocedieron espantados por la majestad soberana de su porte, por la fascinación hipnótica de su mirada, por el recuerdo gloriosísimo de todo lo que había personificado sobre aquella tierra heroica. Volvieron, pues, las espaldas y echaron á correr como si en vez de amenazadores fueran ellos los amenazados. Viéndolos venir el general, indignóse de su timidez y diputó los parientes de aquellos

patricios inmolados por Olimpias á la ejecución del castigo. Estos mismos, no atreviéndose á mirarla de cerca, lapidáronla desde lejos. Ella parecía un águila en medio de la tempestad. Su grito de mando resonaba más que las voces de cólera; sus ojos de furia centelleaban como nunca sinietros relámpagos. Lejos de huir á la pedrea, hízole cara, y la recibió sin retroceder como un general que muere de pie y erguido entre los suyos. Ni una lágrima llovieron sus ojos enardecidos, ni un suspiro partió de aquel pecho despedazado. Sus manos compusieron las canas trenzas de su cabellera gris al caer, y ya en el suelo mismo los pliegues de sus vestiduras para que ninguna fealdad manchara su cadáver y ningún miedo deshonrase su agonía. Murió la grande amazona, cual si hubiera caído victoriosa en campo de batalla, con la misma entereza que su Filipo y su Alejandro.